

TEATRO AVEMPACE

LA VIDA Y EL TIEMPO DE CHARLES DICKENS

Textos para el comentario

La educación en Inglaterra

Dickens siempre fue muy sensible al tema de la **educación** y de la **infancia**. Desde que sufrió en sus carnes, con doce años, la dureza del **trabajo infantil**, comprendió que solo la educación podía redimir al género humano. Por eso criticó el sistema educativo inglés con tanta furia.

Visitó la escuela de **Samuel Starey** en Field Lane, Londres, dedicada a niños pobres y, tras la visita, escribió un duro informe para **Miss Burdett-Coutts**, heredera del banquero Thomas Coutts, a la espera de sus donativos. Envío otro **informe** al *Daily News* describiendo a los chicos que asistían a las clases:

«Jóvenes ladrones y mendigos que no muestran en sus rostros nada de lo que suele ser natural a esta edad: franqueza, ingenuidad y atractivo. Son descarados, depravados, arteros, marrulleros, malos e increíblemente ignorantes. Carentes de toda ayuda, caminan apresuradamente hacia su propia destrucción.»

Dickens escribió mucho sobre las **escuelas públicas**. En una ocasión llegó a afirmar en la revista *Household Works* (que él mismo dirigía):

«He visto perseguir, azotar y encarcelar, pero no educar, a 30.000 niños.»

Insistía una y otra vez, en discursos, artículos y novelas, en la necesidad de educar a los desfavorecidos, en los efectos terribles de la ignorancia, en la mala situación de las cárceles y los albergues públicos, en la terrible corrupción del sistema judicial y carcelario... Pero harto de predicar sin eficacia, dejó los informes y artículos decidido a escribir una historia conmovedora que impactara profundamente en todos los corazones. Así nació *Canción de Navidad*, la más universal de sus obras.

La importancia de la educación en la narrativa de Dickens

«Dickens creía firmemente en esta época que todo el crimen, la miseria, la desigualdad, la violencia que tanto temía y odiaba en la sociedad en que vivía, eran el resultado de la falta de educación. Siempre creyó en la educación -un hombre que desea tener fe en el futuro debe pensar así.»

(**Angus Wilson**, *The World of Charles Dickens*, Granada Publishing, Londres, p. 143.)

La infancia de Dickens

«El almacén de betún era un viejo edificio sucio y ruinoso de Hungerford Stairs. Para el chico fue como si, al igual que su padre, fuera encarcelado por algún oscuro delito que no

TEATRO AVEMPACE

comprendía. Este rebajarse a una labor servil fue un trauma horroroso que lo sumió en una tristeza desconcertante. Su padre le había hecho creerse un joven caballero; y ahora sus compañeros de trabajo eran muchachos barriobajeros vestidos con harapos y de acento vulgar. "No hay palabras", escribió más tarde, "que puedan expresar la profunda angustia de mi alma cuando me vi rodeado de semejante compañía [...]; sentí que las esperanzas de convertirme en un hombre sabio y distinguido se habían desmoronado por completo".»

(**Edgar Johnson**, «Dickens: The Dark Pilgrimage», **E.W.F. Tomlin**, ed., *Charles Dickens: 1812-1870*, Weidenfeld and Nicolson Ltd., Londres, 1969, p. 44.)

«Sólo trabajó en el almacén de betún seis meses, pues su padre lo sacó de allí al enfrentarse con el gerente de la fábrica. Pero su madre intentó limar asperezas de modo que pudiera volver al trabajo. Ésa fue una herida que nunca cicatrizó. Años más tarde Dickens escribió: "Nunca pude olvidar, nunca olvidaré ni podré olvidar que mi madre se sintió reconfortada al verme volver al trabajo".»

(**Walter Allen**, *The English Novel*, Penguin, Harmondsworth, 1980, p. 165.)

Liberalismo, bien común, egoísmo

«[El liberalismo inglés de la época victoriana consideraba que] el capitalismo era el marco imprescindible dispuesto por Dios para el progreso de la raza humana. El dolor y la pena han sido siempre partes principales en el plan misterioso de la divinidad, y como tal deben ser aceptados para ser aliviados por la caridad cristiana [...].

[El hombre de negocios] predicaba el ahorro, el trabajo y la caridad como bases morales del nuevo capitalismo y amasaba su riqueza, no como decían los utilitaristas, para lograr el máximo de sus placeres, sino con el rígido sentimiento del deber.»

(**R.H.S. Crossman**, *Biografía del Estado moderno*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1982, p. 172.)

«Lo único que niega el egoísmo ético es que debemos ayudar a los demás cuando nosotros no vayamos a conseguir nada con ello; ni fama, ni fortuna, ni siquiera la satisfacción personal o la felicidad. [...]. Según el egoísta, yo debo -es decir, mi deber es- promover únicamente mi propio interés. Ahora bien, hacer esta afirmación supone ignorar totalmente la diferencia entre deberes e intereses. Buscar mi propio bienestar egoísta puede estar en consonancia con mi propio interés, que no es lo mismo que mi deber. Podría convenir a mi interés salvar mi propia vida aunque por ello perezcan cien más, pero de ahí no se sigue que sea mi deber obrar así. El error del egoísta es confundir deber con interés.»

(**J. Hospers**, *La conducta humana*, Tecnos, Madrid, 1979, pp. 217,234,241 y 242.)

«Obra de tal manera que trates siempre a la humanidad, sea en tu persona o en la de otra, siempre como un fin, y que no te sirvas jamás de ella como un medio.»

(**I. Kant**, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Espasa Calpe, Madrid, 1973, pp. 37 y 84.)

«Después del egoísmo, la principal causa de insatisfacción ante la vida es la falta de cultivo intelectual. [...]

Aunque en grados desiguales, el afecto por los individuos y un interés sincero en el bien público, son posibles para todo ser humano rectamente educado. En un mundo en que hay tanto de interesante, tanto que gozar, y también tanto que corregir y mejorar, todo el que posea esta moderada cantidad de moral y de requisitos intelectuales, es capaz de una existencia que puede llamarse envidiable; a menos que esa persona, por malas leyes o por sujeción a la voluntad de otros, sea despojada de la libertad para usar de las fuentes de la felicidad a su alcance, no dejará de encontrar envidiable esa existencia, si escapa a las maldades positivas de la vida, a las grandes



TEATRO AVEMPACE

fuentes de sufrimiento físico y mental, tales como la indigencia, la enfermedad, la malignidad, la vileza o la pérdida prematura de los seres queridos. El punto esencial del problema reside, por tanto, en la lucha contra estas calamidades. [...]

Todas las grandes causas del sufrimiento humano pueden contrarrestarse considerablemente, y muchas casi enteramente, con el cuidado y el esfuerzo del hombre. Su eliminación es tristemente lenta; una larga serie de generaciones perecerá en la brecha antes de que se complete la conquista y se convierta este mundo en lo que fácilmente podrá ser si la voluntad y el conocimiento no faltan. Sin embargo, todo hombre lo bastante inteligente y generoso para aportar a la empresa su esfuerzo, por pequeño e insignificante que sea, obtendrá de la lucha misma un goce que no estará dispuesto a vender por ningún placer egoísta.»

(**J. Stuart Mill**, *El utilitarismo*, Aguilar, Buenos Aires, 1968, pp. 40-43.)

«Cada individuo en particular pone todo su cuidado en buscar el medio más oportuno de emplear con mayor ventaja el capital de que puede disponer. Lo que desde luego se propone es su propio interés, no el de la sociedad en común: pero estos mismos esfuerzos hacia su propia ventaja le inclinan a preferir, sin premeditación suya, el empleo más útil a la sociedad como tal. [...]

Ninguno por lo general se propone primariamente promover el interés público, y acaso ni aun conoce cómo lo fomenta cuando no lo piensa fomentar. Cuando prefiere la industria doméstica a la extranjera sólo medita su propia seguridad: y cuando dirige la primera de modo que su producto sea del mayor valor que pueda, sólo piensa en su ganancia propia; pero en este y en otros muchos casos es conducido como por una mano invisible a promover un fin que nunca formó parte de sus propósitos. Ni es contra la sociedad el que este loable fin no sea por todos premeditado, porque siguiendo el particular por un camino justo y bien dirigido las miras de su interés propio, promueve el del común con más eficacia a veces que cuando de intento piensa en fomentarlo directamente.»

(**Adam Smith**, *Investigación sobre las causas de la riqueza de las naciones* [1776], en **M. Artola**, *Textos fundamentales para la historia*, Alianza Universidad, Madrid, 1982, p. 433.)

«El hombre que viene a un mundo ya ocupado, si no consigue que sus padres puedan mantenerlo y si la sociedad no necesita de su trabajo, no tiene derecho a reclamar la más mínima cantidad de alimento y, de hecho, no tiene ningún derecho a estar donde está. Resulta, pues, que en virtud de las leyes de la Naturaleza, algunos seres humanos deben necesariamente sufrir escasez.»

(**Robert Malthus**, *Primer ensayo sobre la población*, Alianza, Madrid, 1981, p. 168.)

Paternalismo cristiano

«En la misma proporción del aumento de los productos ha crecido la miseria [...]. La acumulación de riquezas, causada por la rapidez del movimiento industrial y mercantil tiende al planteo de un sistema que explote en beneficio de pocos el sudor y la vida de todos; pero esta tendencia halla su contrapeso en las ideas niveladoras [se refiere al socialismo] que bullen en tantas cabezas [...]. Masas inmensas sufriendo la miseria y privadas de instrucción y de educación moral, se hallan dispuestas a sostener la realización de proyectos criminales e insensatos. [...]

Las clases acomodadas de la sociedad actual no cumplen el destino que les corresponde; los pobres deben respetar la propiedad de los ricos, pero los ricos, a su vez, están obligados a socorrer el infortunio de los pobres.»

(**Jaume Balmes**, *El protestantismo comparado con el catolicismo*, en *Obras Completas*, B.A.C., vol. IV, Madrid, 1967, pp. 486-487.)

TEATRO AVEMPACE

Coketown, una ciudad industrial del Norte de Inglaterra

“Era una ciudad de ladrillos colorados, o más bien de ladrillos que habrían sido colorados, si el humo y las cenizas lo hubiesen permitido; pero tal como estaba, era una ciudad de un rojo y de un negro poco natural, como el pintado rostro de un salvaje. Era una ciudad de máquinas y de altas chimeneas, de donde salían sin descanso interminables serpientes de humareda, que se deslizaban por la atmósfera sin desenroscarse nunca del todo. Tenían un canal oscuro y un arroyo que llevaba un agua enturbiada por un jugo fétido, y existían vastas construcciones, agujereadas por ventanas, que resonaban y retemblaban todo el santo día, mientras el pistón de las máquinas de vapor subía y bajaba monótonamente, como la cabeza de un elefante enfermo de melancolía. Contaba la ciudad de varias calles grandes, que se parecían entre sí, y de infinitas callejuelas aún más parecidas unas a otras, habitadas por gentes que se parecían igualmente, que entraban y salían a las mismas horas, que pisaban de igual modo, que iban a hacer el mismo trabajo, y para quienes cada día era idéntico al anterior y al de después, y cada año el vivo reflejo del que le había precedido y del que iba a seguirle”.

(**Charles Dickens**, *Tiempos difíciles*)

Entonces y ahora

“Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada; caminábamos en derechura al cielo y nos extraviábamos por el camino opuesto. En una palabra, aquella época era tan parecida a la actual, que nuestras más notables autoridades insisten en que, tanto en lo que se refiere al bien como al mal, sólo es aceptable la comparación en grado superlativo.

Un rey de prominentes mandíbulas y una reina de cara poco atractiva ocupaban en trono de Inglaterra; un rey de mandíbulas no menos grandes y una reina de cara muy linda se sentaban en el trono de Francia. Y, en fin, para los grandes señores que administraban los panes y los peces del Estado en ambos países estaba más claro que el agua que las cosas, en general, habían quedado asentadas para siempre.

Corría el año de gracia de mil setecientos setenta y cinco...”

(**Charles Dickens**, *Historia de dos ciudades*, cap. I)

Antisemitismo

En *Oliver Twist*, el malvado **Fagin**, el jefe del clan de niños ladrones, es un judío viejo, encorvado, bajo, con cabellos rojizos:

“he was a very old shrivelled Jew, whose villanous looking and repulsive face was obscure by a quantity of matted red hair. He was dressed in a grasy flannel gown, with his throat bare...”

Fagin continúa la tradición literaria inglesa de **Shylock**, *El mercader de Venecia*, personaje **shakespeareano**, judío avaro y malvado. Es capaz de amenazar violentamente a los niños:

“Speak out, damn you, or I’ll throttle you!”



TEATRO AVEMPACE

Fagin es el **judío estereotipado**: viejo, avaro, egoísta, usurero, extremadamente austero, no le gusta distribuir beneficios con los niños cuando traen algún botín de sus pillerías, les da poco de comer. Tiene algunos **libros**, pero eso no indica nivel cultural, pues son libros sobre la vida y los hechos de los criminales más famosos. Es extremadamente astuto y gran psicólogo. Usa su inteligencia solo para el **mal**. Por eso al final de la novela, es condenado a morir **ahorcado**. Ni su origen racial ni su comportamiento podían llevar a su creador a salvarlo (**intención moralizante**).

Otro **judío** que aparece en la novela es **Noah Claypole**, personaje secundario que tampoco sale muy bien parado. Su código es el fraude y la traición. Es bravucón, pero solo con las palabras, pues finalmente es un cobarde. Es interesado y egoísta, siempre pregunta lo que va a sacar antes de hacer algún “trabajo” (robo):

“What’ll yer give me?, asked Noah”

Noah le hace la vida imposible a **Oliver**, lo humilla, lo insulta. En una ocasión también insulta a la fallecida **madre** de Oliver, y entonces el niño salta sobre él y le da unos cuantos puñetazos. El cobarde empieza a gritar y pedir socorro. Finalmente, Dickens lo deja vivir al lado de su chica, **Charlotte**, cuando termina la novela. Pero sin salir de su condición de personaje más bien **despreciable**, cuestionable éticamente.

El matrimonio

En *Tiempos difíciles* Dickens se atreve a plantear un asunto tabú en la rígida sociedad victoriana en la que le tocó vivir: la **convivencia conyugal**, que no siempre era un mar de tranquilidad. Su **pesimismo** corre parejo con su propia situación personal, pues ya por entonces se había **separado** de su mujer, **Katy Horgarth**, con la que había tenido **diez hijos**, y vivía con la joven actriz **Ellen Ternan**, a la que llamaba cariñosamente **Nelly**. Charles habría querido **divorciarse**, pero en su situación, con una prole tan numerosa y con una jovencita veinteañera por amante, habría sido un escándalo que podría haber afectado a su reputación de escritor.

Los críticos han comentado la cantidad de desavenencias matrimoniales que hay en *Tiempos difíciles*: el obrero **Esteban Blackpool** con su mujer, alcoholizada y degradada por el vicio; la altiva **Luisa Grandgrind**, casada con el banquero de la ciudad de **Coketown Josías Bounderby**...

En el fragmento que reproducimos, Esteban va a ver a su patrón, Josías Bounderby, para pedirle **consejo**. El banquero, representando el rígido código victoriano, le recuerda la indisolubilidad del sagrado vínculo matrimonial, sin imaginar que, pocos capítulos después, él mismo iba a encontrarse preso en un matrimonio incómodo.

“—Vine —empezó a decir Esteban, alzando la vista del suelo después de meditar un momento— para pedirlos consejo. Lo necesito muchísimo. Me casé un lunes de Pascua, hace diecinueve años, largos y ásperos. Ella era una muchacha joven, bastante bonita y con buenas referencias. Pero se torció muy pronto. Huyó de mi lado. Bien sabe Dios que fui para ella un marido cariñoso.

—He oído antes de ahora hablar del asunto —dijo Bounderby—. Se dio a la bebida, abandonó el trabajo, vendió los muebles, empeñó las ropas, se largó por ahí. (...)

—La traté con mucha paciencia. Me esforcé por corregirla una vez y otra. Lo intenté todo. Más de una vez volví a mi casa y me encontré con las paredes limpias y a ella tirada en el

TEATRO AVEMPACE

suelo y borracha perdida. Esto me ocurrió no una, ni dos, sino veinte veces. (...) Las cosas fueron de mal en peor y de peor en peorísimo. Se marchó de casa. Se cubrió ella de ignominia a los ojos de todos. Y de pronto regresaba, una vez y otra. ¿Qué podía hacer yo para impedirlo? A veces me pasaba las noches caminando por las calles, por no entrar en casa. Más de una vez me fui al puente, resuelto a tirarme de cabeza al agua, porque ya no sabía qué hacer. Estaba tan aburrido de la vida, que siendo joven parecía ya viejo. (...)

Llegué a darle dinero para que no se me acercase. Le he estado dando dinero durante los últimos cinco años. Había yo vuelto a tener unos muebles decentes en mi casa. Vivía pobre y triste, pero al menos no tenía que pasar vergüenza ni sobresaltos a cada momento. Anoche volví a casa y me la encontré tirada en el suelo, y en casa sigue. (...)

—Todo esto ya lo sabía —le dijo el señor Bounderby— desde hace mucho tiempo, excepto la última noticia. Mal asunto, sí, señor, mal asunto. No debisteis haberos casado, sino conformaros con vivir como vivíais. Pero es ya demasiado tarde para deciros esto. (...) Bueno, ¿por qué no continuáis?

—Vine, señor, para que me aconsejaseis la manera de librarme de esta mujer. (...)

—¿Qué decís? —exclamó Bounderby, levantándose de su asiento para colocarse con la espalda apoyada en la chimenea—. ¿De qué estáis hablando? Cuando la tomasteis por esposa cargasteis con ella para bien y para mal.

—No tengo más remedio que librarme de ella. No puedo ya soportar esta vida. (...)

—No hay cómo posible —replicó el señor Bounderby.

—Si yo le hago algún daño físico, señor, ¿existe alguna ley que me castigue por ello?

—¡Naturalmente que sí!

—Si huyo de ella, ¿existe alguna ley que me castigue por ello?

—¡Naturalmente que sí! (...)

—Pues entonces, por amor de Dios —exclamó Esteban Blackpool—, ¡mostradme una ley que me ayude a salir de esta situación!

—¡Ejem! El matrimonio es una cosa santa, y..., y... no puede romperse.

—No me digáis eso, señor, no me digáis eso. No es posible que sea eso así. No pueden ser las cosas de ese modo. Yo soy tejedor, trabajo en la fábrica desde niño, pero tengo ojos para ver y oídos para oír. Yo tengo leído en los periódicos el relato de los casos vistos ante el Jurado en todas las sesiones..., y vos también los habéis leído..., estoy seguro, con tristeza, cómo en ellos se da por sentado que la imposibilidad de vivir encadenados el uno al otro, a cualquiera costa, y sea como sea, es la causa de que se cometan delitos de sangre en este país y de que muchos matrimonios de gente del pueblo se peleen, se asesinen o mueran de repente. Entendámonos bien, el mío es un caso muy doloroso y quiero saber..., si sois tan amable... qué ley puede sacarme de esta situación.

—Pues bien: os lo voy a decir —contestó el señor Bounderby, metiendo las manos en los bolsillos—. Esa ley existe. (...) Pero no os sirve de nada. Es muy costosa. Obliga a gastar un dineral.

—¿Sobre cuánto, poco más o menos? —preguntó sosegadamente Esteban.

—Pues veréis. Tendríais que presentar la demanda a la Comisión de Justicia del Parlamento; después, otra a un Tribunal civil, otra más a la Cámara de los Lores y tendríais que conseguir un acta del Parlamento que os permitiese contraer nuevo matrimonio, todo lo cual os costaría (si todo salía como la seda), vamos a poner entre mil y mil quinientas libras —dijo el señor Bounderby—. Acaso hasta el doble de este dinero.

—¿Y no hay ninguna otra ley?

—Desde luego que no.

—Pues, entonces, señor —contestó Esteban, poniéndose lívido y haciendo con su mano derecha un ademán como de lanzarlo todo a los cuatro vientos—, os digo que todo es un embrollo. Es un completo embrollo, y cuanto antes se muera uno, mejor será.”

(**Charles Dickens**, *Tiempos difíciles*, cap. XI.)



TEATRO AVEMPACE

Cervantes y Dickens

En el artículo “[Ecos cervantinos en Oliver Twist: Ejemplo de intercambio cultural](#)”, la profesora **Adela García Gómez** deja clara la relación entre ambos escritores:

“...Dickens, conocedor de la literatura cervantina, tomó el patio de Monipodio como base o, cuando menos, como referencia para la creación del clan que forman Fagin con sus “pupilos”, recreó a sus personajes en un entorno de pillaje y ratería similar al que rodea a Rincón y Cortado en la novela española, claro está, con sus particularidades socioculturales y salvando la diferencia temporal entre los dos autores (...) el presente estudio nació, precisamente, en la idea de que el novelista inglés Charles Dickens, hubiera bebido de la picaresca y de Cervantes, degustando todo el acervo cultural de la época, empapado en la picaresca española (...) En torno al aspecto literario existen pruebas que testifican el conocimiento de Dickens sobre los escritos de Cervantes, y no sólo por lectura directa, sino también a través de algunos autores con claro influjo cervantino [**Tobías Smollet** y **Lawrence Sterne**] (...)

nuestro trabajo no conseguiría todos sus objetivos si no recalcásemos las influencias culturales que la novela española aporta al autor inglés y que sirven de base para su *clan*, como puede ser la visión del pícaro español y todo el ambiente que rodea al mundo de la picaresca”.

El cockney en las obras de Dickens

En el artículo “[El cockney de Charles Dickens. ¿Una traducción utópica?](#)” el profesor **Adolfo Luis Soto Vázquez**, de la universidad de La Coruña, estudia cómo los traductores de Dickens al español se han enfrentado al problema de la traducción del *cockney*, el dialecto popular londinense de marcado acento regional, local y social (propio de gente de baja extracción social). Las respuestas han ido de la **omisión** del problema, traduciendo las obras dickensianas solo en un registro estándar, eliminando el registro dialectal *cockney* (por ejemplo, la traducción de *Pickwick Papers* hecha por **Manuel Ortega y Gasset**), hasta quienes han intentado imitar el acento *cockney* haciendo que los personajes dickensianos que lo usan **ceceen** o **seseen** al hablar español (entre ellos, **Benito Pérez Galdós** y **José María Valverde**, que también tradujeron *Pickwick Papers* al español) o quienes transcriben el discurso de los personajes que usan *cockney* con **faltas de ortografía** para mostrar que se alejan de la gramática normativa al hablar. ¿Son buenas propuestas? ¿Demasiado artificiosas? ¿Cabe traducir de otra manera el *cockney*? ¿Es una traducción (im-)posible?

El título procede de una cita de **José Ortega y Gasset**: “¿No es traducir, sin remedio, un afán utópico?”

Para que nos hagamos una idea del problema, baste decir que el *cockney* se caracteriza **fonológicamente** por la **supresión** de sílabas y vocales átonas en posición inicial, por una dicción endiablidamente **rápida** y por la unión de palabras en un “*continuum*” fonético que dificulta la comprensión al no iniciado, pues rompe la división normal de palabras, caracterizándose por sus “glottal stops”, comunes especialmente “amongst men, youths and children” y que dan al discurso “a ‘clipped’ effect”. También es característica la conversión de “t” en “r” (**rotacismo**), dando al discurso un “rapid bullet-like effect” (**efecto bala**). Ejs.: *Yerlattergerrawf* = *You will have to get off*, *Lerrinfirrit* = *Let him fir it*. Incluso se llega a suprimir la sílaba inicial cuando el acento principal recae en la segunda: *cos* = *because*, *lastic* = *elastic*, *lastoplast* = *elastoplast*. Otras características son: el **intercambio v/w** (*wingar* = *vinegar*), la elisión de las oclusivas “p, t, k”.



TEATRO AVEMPACE

En cuanto al **vocabulario** del *cockney*, se nutre básicamente del *slang*, palabras usadas en un sentido festivo, con juegos de significados, dobles sentidos, etc. Hay también deformaciones léxicas, uso inapropiado de helenismos y latinismos, etc. El uso de este lenguaje produce un efecto cómico, **hilarante**, en el lector de Dickens, le da al texto un “toque” especial. Pero además, divide claramente a los personajes de las novelas dickensianas por su procedencia social: los caballeros usan el *standard English* y los plebeyos, cuanto más marginales, más *cockney*.

En fin, ¿cómo enfrentarse, pues, al *cockney* en la **traducción**? Pues intentando verter el texto en un **español subestándar**, salpicado de marcas de sabor popular y sensaciones de clase social baja: aféresis, apócopies, distorsiones léxicas, usos equivocados de términos cultos, proverbios y refranes...

Dickens es, también, desde el punto de vista traductológico, todo un reto.

